

**DOMINGO DE RAMOS (A)**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**16 de marzo de 2008**

*Mira a tu rey, que viene a ti humilde, montado en un asno.* Así se nos anunciaba, hermanas y hermanos, la entrada de Jesús en Jerusalén, al inicio de nuestra celebración de este Domingo de Ramos. Puede parecer que la liturgia de hoy tiene dos momentos muy diferentes. Por una parte, hemos empezado festivamente aclamando a Jesús como *Hijo de David* y *rey Mesías*, con cantos de hosanna y bendiciendo *al que viene en nombre del Señor*. De la otra, la liturgia de la Palabra que nos acaba de ser proclamada, se ha vuelto grave; hemos oído la plegaria de Jesús tomada del salmo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Me aprietas contra de la muerte* (Sal 21, 2.16). Jesús pasó de ser aclamado por la multitud que extendía sus mantos sobre el camino, a ser el *desprecio del pueblo* (Sal 21, 7).

Hay, sin embargo, una gran continuidad entre estos dos momentos. La entrada de Jesús en Jerusalén *montado en un asno* narrada por el evangelista san Mateo, nos remite por la palabra del profeta Zacarías, a la entrada del rey Mesías. Un rey humilde. Efectivamente, no entra sentado sobre un caballo como los ricos y los poderosos, sino sobre *un asno, en un pollino, hijo de acémila*, la cabalgadura sencilla de los padres de Israel (cf. Gn 49, 11).

Si en la entrada de Jesús en Jerusalén, encontramos ya unidas la realeza y la humildad, estos dos elementos llegan a su punto máximo en la cruz. El Mesías Jesús empieza su itinerario hacia la Pascua entronizado en *un asno*. Pero la cruz es el verdadero trono del rey humilde que da la vida por amor, solidario de todo el mal que hay en el mundo en cada época de la historia. Así lo indica el título colgado en lo alto de la cruz como causa de su condena y como proclamación paradójica: *Éste es Jesús, el rey de los judíos*. Estaba en continuidad con lo que Jesús había reconocido delante del *gran sacerdote* y delante del *gobernador Poncio Pilato* y con aquella escena en la cual, después de ponerle la *corona de espinas* y de haberle hecho coger una *caña*, lo habían escarnecido gritando: *salve, rey de los judíos*.

Los dos momentos, pues -la entrada de Jesús en Jerusalén *montado en un asno* y el ser clavado en *la cruz*- son complementarios en la revelación que Dios nos hace y tenemos que contemplarlos así desde la fe cristiana, tal como nos lo hace vivir la liturgia del Domingo de Ramos. Pero estos dos momentos sólo toman su significado pleno en un tercer momento: el de la resurrección de Jesús, cuándo el *Hijo del hombre* se sentará a *la derecha del Todopoderoso*, tal como Jesús había confesado también al *gran sacerdote*. El *asno* y la *cruz* nos dicen de qué manera Jesucristo ejerce su realeza ahora que está en su trono definitivo y eterno a la derecha de Dios. Lo hace desde la humildad y la misericordia; desde la solidaridad con todo el sufrimiento del mundo y con la noche de tantos corazones, para realizar en su momento el plan que Dios, en su amor, tiene establecido para la salvación y la liberación de la humanidad.

Es cierto que querríamos que Dios manifestara ya de una manera definitiva y total su salvación e hiciera desaparecer todo tipo de dolor y de injusticia; que no hubiera más dolor ni muerte. Es cierto que querríamos ver a Jesucristo tal como es para que disipara nuestras dudas y nuestra oscuridad, y suavizara las heridas que llevamos en el corazón. Pero la cruz de Jesús nos enseña que Dios tiene sus tiempos y que en su sabiduría insondable hace todas las cosas bien. ¿Quién podía pensar que la cruz, este instrumento de tortura tan cruel e injusto, llegaría a dar sentido a todo el mundo? ¿Quién habría dicho que de la cruz de Jesús vencido y humillado saldría la victoria, luz y vida para la humanidad?

Al contemplar hoy la pasión y la cruz de Jesús, renovamos nuestra confianza en él y nos sentimos llamados a corresponder más y mejor a su amor hacia nosotros, porque no queremos ser como sus detractores que se burlaban de las palabras que había dicho y de su persona tan solícita con las necesidades de los otros. Queremos ser seguidores suyos en un contexto social que no siempre entiende bien qué es ser cristiano. Mientras hay quien piensa que la fe cristiana es fruto del oscurantismo medieval, nosotros encontramos la luz y la fuerza para nuestra vida de hombres y mujeres del s. XXI; encontramos nuestra paz, y nuestra capacidad de perdón y de servicio a los otros. Encontramos el vigor para trabajar en la construcción de una sociedad más justa.

Nos disponemos a celebrar la eucaristía en la cual se reencuentran simbólicamente la entrada de Jesús en Jerusalén y el don que él nos ha hecho en la cruz. Lo hace posible y real su resurrección y su ascensión a la derecha de Padre. La acción del Espíritu Santo nos lo hace presente. Por eso, al inicio de la plegaria eucarística haremos nuestra la aclamación de la gente que iba detrás de Jesús en su entrada en Jerusalén: *Hosanna. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo.* Viene para renovar su solidaridad con nosotros y hacernos participar de su vida inmortal mientras todavía estamos en este mundo y nos toca, de una manera u otra, tomar la cruz.

Celebrando la eucaristía en este altar, recordemos que estamos en el aniversario litúrgico de su colocación. Efectivamente esta piedra de la montaña fue colocada en este lugar la víspera del Domingo de Ramos de ahora hace cincuenta años. Desde entonces, ha sido, para los monjes, los monaguillos y los peregrinos, mesa de altar para hacer el memorial del sacrificio de Cristo y mesa del Pan eucarístico. Desde entonces, nos ha hecho presente la piedra sólida que es Jesucristo para sostener la debilidad y la precariedad de nuestra vida. Contemplando esta piedra somos llevados a pensar en nuestro Señor que en la cruz es al mismo tiempo altar, sacerdote y víctima. Altar porque la ofrenda se hace en el interior de su persona; sacerdote porque es él mismo quien ofrece el sacrificio y víctima porque es su cuerpo que es sacrificado.

Al hacer ahora el memorial, agradezcámoslo muy sinceramente.